

VEGA, Jesusa, «Austen Henry Layard y las antigüedades de Nínive: entre el pasado la realidad y el ensueño», *La novela arqueológica o la ensoñación de la realidad (s. XVIII-XIX)* (T. Tortosa, ed.), III, Mérida, Instituto de Arqueología de Mérida, CSIC, Junta de Extremadura, 2024. ISBN: 978-84-09-62683-0, 124 pp.

Daniel Crespo Delgado¹

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfvii.13.2025.47253>

El título revela a los protagonistas de este libro, el inglés Austen Henry Layard y su más famosa obra, *Nineveh and its remains*, publicada en 1849. Esta elección no es casual. Como Jesusa Vega detalla, tanto el personaje como el libro son hitos de la historia de la arqueología por el papel que desempeñaron en los modos de relatar y difundir el legado arqueológico fraguados en la Europa del siglo XIX. Desde un exhaustivo conocimiento de las fuentes inglesas y sugestivas líneas metodológicas, la autora aborda cómo a mediados del siglo XIX se fueron configurando ciertas narrativas sobre el pasado antiguo que llegaron a ser canónicas. A lo largo de un texto que nunca deja de ser propositivo, Vega analiza críticamente las categorías ideológicas y estéticas que conformaron estos discursos sobre la arqueología. Desgrana de manera especial el éxito que tuvieron y cómo se fueron difundiendo a través de un amplio elenco de publicaciones y de instituciones culturales y de ocio, que abarcaron desde libros eruditos hasta revistas ilustradas o la prensa periódica; desde museos a panoramas o espectáculos de extraordinaria popularidad. Todo ello, configuró ciertos modos de comprensión no solo del patrimonio asirio, sino de la arqueología en general e incluso de la imagen del arqueólogo, que tuvieron gran prédica y pueden rastrearse hasta el presente. Este libro, por tanto, supera con mucho un mero relato descriptivo de un personaje y un libro singulares, presentando un notable interés metodológico que se proyecta en distintos ámbitos, desde la historia de la arqueología o del arte, a la de los museos, el ocio o la sociabilidad. Este interés se incrementa desde la perspectiva de la bibliografía española, ya que además de no contar con ensayos centrados en la influyente asiriorfilia decimonónica, seguimos estando faltos de una reflexión suficientemente amplia sobre la conformación de los discursos sobre el legado artístico. Cabe felicitarse que la catedrática de historia del arte de la Universidad Autónoma de Madrid Jesusa Vega haya centrado de nuevo su reflexión en estos problemas, enriqueciendo aún más si cabe una de las trayectorias más innovadoras, críticas y comprometidas de la historiografía artística española actual.

A lo largo de cuatro capítulos precisamente ordenados, el ensayo de Vega desmenuza distintos aspectos del complejo escenario que enfoca. Por un lado, documenta los discursos e imágenes sobre Nínive y el mundo asirio en Europa antes

1. Universidad Complutense de Madrid. C. e.: daniecre@ucm.es
ORCID: <<https://orcid.org/0000-0002-1493-4651>>

de las aportaciones de Austen Henry Layard (1817-1894). Con ello, el lector puede entender mejor el contexto narrativo en el que se enmarcaron las aportaciones de Layard y el impacto que causaron. La autora recorre con puntualidad las publicaciones del erudito inglés y las muchas ediciones y versiones de sus textos que se sucedieron desde 1849 al último tercio del siglo XIX, incluida una versión reducida en español del *A popular account of Discoveries at Nineveh* (1852) aparecida en *El nuevo viajero universal, enciclopedia de viajeros modernos* (1858). Desde los presupuestos renovadores de los *print culture studies*, incide en los distintos formatos de estas publicaciones, su difusión y recepción. Los trabajos de Layard sobre la antigua Asiria se divulgaron a través de un heterogéneo elenco de obras, que incluyeron diversos tipos de libros -incluidos compendios asequibles para muchos bolsillos o destinados a estudiantes o jóvenes-, artículos en revistas ilustradas o en la prensa periódica. Ciertas innovaciones técnicas en los procesos de impresión, el crecimiento demográfico y urbano, así como los valores que se vincularon a la lectura (y en especial a ciertas lecturas y en determinados contextos sociales y familiares), permitieron un progresivo aumento de publicaciones y del público lector en la Inglaterra de la primera mitad del siglo XIX. Tal y como argumenta Vega, estos fenómenos posibilitaron que la arqueología adquiriese una presencia inédita en la cultura impresa y despertase un creciente interés entre el público coetáneo, gracias entre otras a aportaciones como las de Layard. Advierte, por ejemplo, las ediciones de *Nineveh and its remains* aparecidas en la famosa casa editorial Murray; o los artículos sobre antigüedades asirias aparecidos en la revista ilustrada *The Illustrated London News*, que ya en su segundo número incluyó noticias sobre arqueología. En este sentido, entre las reveladoras citas que ofrece este ensayo, destacaría la reseña del principal libro de Layard aparecida precisamente en *The Illustrated London News*, afirmando que era «una de las adquisiciones más recomendables para la mesa del cuarto de estar».

Vega analiza críticamente la construcción del discurso de Layard sobre sus descubrimientos de las antigüedades asirias, sus contenidos prioritarios y los muchos aspectos que afrontó. Reflexiona sobre los debates religiosos (recurrentes en la arqueología mesopotámica) y estéticos que suscitó dicho patrimonio en la Europa decimonónica, así como sus implicaciones nacionalistas e imperialistas. Tales debates no fueron independientes porque las narrativas providencialistas y del progreso artístico en las que se insertó el patrimonio asirio tuvieron claras connotaciones identitarias y coloniales. Por descontado se detiene en la justificación de Layard y sus contemporáneos sobre el traslado a Londres de muchas de las esculturas halladas en sus excavaciones (en especial en Mosul, Irak), refiriéndose a la desidia, incultura e incapacidad de las comunidades locales para su preservación y comprensión. De hecho, la autora destaca las referencias recurrentes en los libros de Layard a la vida, las costumbres y los paisajes mesopotámicos, poco conocidos hasta el momento por el público inglés. La mirada orientalizante y exótica que desplegó fue un componente que contribuyó a presentar su empresa como una aventura evocadora, que solo su tesón e ingenio permitió se hubiese resuelto satisfactoriamente.

Siendo un referente en los estudios visuales, la autora no podía dejar de lado la variedad y riqueza de imágenes que poblaron las publicaciones de Layard y de

aquellas que se hicieron eco de sus hallazgos. Desgrana con detalle las características de esta nueva iconografía que supo sorprender y cautivar al público, no reduciéndose únicamente a una delineación de los monumentos o las esculturas asirias, sino a reconstrucciones de sus escenografías palaciegas, imágenes de las excavaciones, del paisaje contemporáneo o del traslado de sus más imponentes testimonios materiales como los *lammasu*. Es especialmente sugestivo el análisis de Vega de cómo este cúmulo de imágenes dialogó con el discurso textual y fortaleció su mensaje y su capacidad evocadora para el público contemporáneo. De igual modo, me parece reseñable la comparación que establece con el modelo más tradicional y oficial de publicación e ilustraciones ensayado por el *Monument de Ninive* (1849-1850) del francés Paul-Émile Botta, que siguió muy de cerca la *Description de l'Égypte, ou Recueil des observations et des recherches qui ont été faites en Égypte pendant l'expédition de l'armée française* (1829-1809). Vega subraya que fue la riqueza del discurso textual y visual de Layard, su interacción, la que supo despertar y responder a las inquietudes de sus coetáneos, fundamentando el éxito que cosechó en la cultura inglesa y europea de mediados del siglo XIX.

Tal y como subraya este libro, un aspecto de dicha proyección y que a la vez fue decisivo para definir las narrativas decimonónicas sobre la arqueología, fue la irrupción de los monumentos asirios en los espacios y espectáculos culturales que se multiplicaron en las ciudades inglesas del siglo XIX. Vega aborda la integración de las piezas asirias en museos y colecciones, de manera especial en el British Museum. Desgrana la opinión de sus visitantes (incluidos españoles como Eugenio de Ochoa) y los debates que generaron sobre el presunto lugar de estas obras en la cartografía artística decimonónica, que se iba haciendo universal desde una peculiar perspectiva jerarquizadora y colonial. La autora destaca que la división del departamento de antigüedades del British Museum en tres unidades independientes (antigüedades orientales, grecorromanas y monedas y medallas) reflejó la incapacidad de una posible concepción integral de las colecciones. El libro también aborda el papel del patrimonio asirio (o su recreación y evocación) en otros espacios culturales producto de una creciente industria del ocio y el entretenimiento. Vega incide en dos ámbitos especialmente interesantes por su impacto público ya que estuvieron destinados a una audiencia amplia y variada en sus motivaciones y expectativas: los dioramas y las grandes exposiciones. Se realizaron panoramas de Nínive o Nimrud para salas tan famosas como las de Leicester Square de Londres, o se recrearon monumentos asirios para el espectacular Palacio de Cristal en Sydenham, abierto en 1854 y que visitaron millones de personas. En ambos casos, además, se contó con la participación y asesoramiento del propio Layard. Vega desmenuza el recorrido visual y narrativo por distintas culturas (asiria, andalusí, grecoromana...) que proponía el palacio de Sydenham a través de efectistas recreaciones monumentales y de una no menos cautivadora arquitectura de hierro y cristal. Estos fenómenos reflejan la extensión del consumo de los relatos arqueológicos a un público inédito, así como la difusión de ciertos discursos canónicos y hasta populares sobre el patrimonio asirio en concreto —situado en el espacio de lo otro y lo exótico— y de la arqueología antigua en general. Esta adquirió, entre otros rasgos, un halo de ensoñación, evocación y aventura de gran proyección. Vega dedica un último capítulo de su ensayo a un

aspecto completamente original hasta la fecha como es la repercusión en España de las obras de Layard y de los descubrimientos asirios que se fueron acumulando a lo largo de los dos primeros tercios del siglo XIX. Apunta el papel que Layard y su esposa, Mary Enid Evelyn Guest, desempeñaron en la vida cultural madrileña durante su estancia en la capital española como embajador entre 1869 y 1877. No obstante, la contribución más destacada en este capítulo es la exhaustiva cita y el análisis de las noticias sobre la antigua Asiria aparecidas en la literatura española (de nuevo incidiendo en los formatos de los impresos, sus autores y público) y los problemas historiográficos y estéticos que plantearon. A pesar de la lentitud y los problemas que en España presentó la incorporación del legado asirio recién desvelado en Europa, advierte Vega cómo este nuevo patrimonio contribuyó, desde autores como Manuel Assas a Juan Facundo Riaño, a replantear el «exclusivismo» del arte griego, en expresión utilizada contemporáneamente.

Este último libro de Jesusa Vega es por tanto una obra singular en el panorama editorial español, por su temática y orientación, pero resulta de gran interés para un amplio público. En él encontrará un ambicioso abanico de problemas abordados con una solidez poco habitual. Su riqueza de referencias bibliográficas y documentales, el inigualable aparato gráfico que presenta, así como los problemas que analiza, hacen de este trabajo una referencia recomendable para quienes deseen reflexionar desde una amplia perspectiva metodológica sobre la historiografía artística, de la arqueología, de los museos o del ocio del siglo XIX. Este ensayo se ha publicado dentro de la colección promovida por el Instituto de Arqueología (Mérida) del CSIC, *La novela arqueológica o la ensueñación de la realidad (siglos XVIII-XXI)*, que aborda la configuración del relato arqueológico contemporáneo. En el caso del ensayo de Jesusa Vega (volumen III de la colección) cuenta con un prólogo de Ricardo Olmos, que resulta una inigualable invitación a un libro, permítanme que lo diga claramente, excepcional.